

EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Sábado 8 de Noviembre de 1919

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO)

Año XXI—Nº 2005

LA CONSAGRACION EPISCOPAL

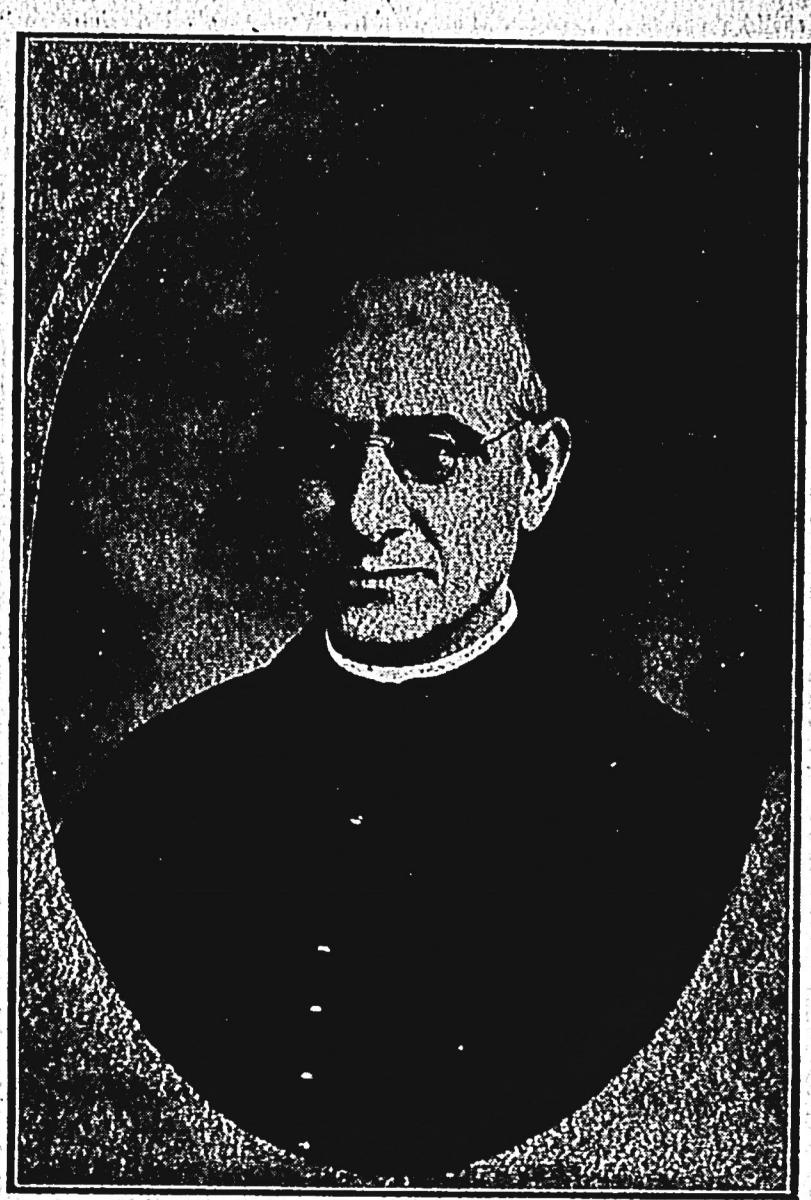
El solemne acto de mañana



Mons. Tomás Gregorio Camacho



Mons. Juan Francisco Aragone



Mons. José Marcos Semeria

EL AMIGO DEL OBRERO presenta al segundo arzobispo de Montevideo y a los obispos de Salto y Melo, el homenaje de su adhesión absoluta y de su acatamiento incondicional. ¡Sean bienvenidos los nuevos prelados que Dios nos envía! ¡Qué nuestros corazones se abran con rectitud y amor al respeto, al cariño y a la veneración que merecen los nuevos obispos.

EL AMIGO DEL OBRERO, presenta sus armas y espera que sean bendecidas por los nuevos pastores de la Iglesia Nacional. Está pronto a librarse por ellos y con ellos todas las cruzadas que sean necesarias para el bien de la Religión y de la Patria. Siempre han de encontrar en él, al soldado obediente, disciplinado y austero. Esa es su tradición y su esperanza. ¡Qué este tributo de fidelidad sea la expresión más elocuente de nuestros sentimientos en estos instantes de renovación y de comienzo de una nueva era!

Se inicia, en efecto, una nueva era para la Iglesia Católica en el Uruguay. Desamparada de todo favor oficial, librada a la libertad que para ella podamos los católicos afianzar y obtener, abandonada a sus propios esfuerzos, en el seno de una sociedad perturbada por la política y los conflictos sociales y sin noción del respeto y protección que se le debe a la Religión verdadera, la Iglesia Católica será entre nosotros grande y prestigiosa, según sean grandes y prestigiosos sus hijos; será su acción admirable y profunda, según sean admirables y profundos los esfuerzos de sus afiliados; su ejemplo será evangelizador, si es evangelizador el ejemplo de sus pastores y de sus sacerdotes y de sus fieles; no es que su doctrina valga lo que valen sus adeptos; no y no; la doctrina de la Iglesia Católica es única, invariable, inmaculada, intergversible; todos la pueden beber en los labios de Jesús, en el sermón de la Montaña, en la tarde lugubre y salvadora del Calvario, en la infabilidad interpretativa de la Catedral de San Pedro que conserva a través de los siglos la pureza de nuestro dogma; pero es que no todos pueden ir a beber la doctrina en las fuentes de donde mana; no todos pueden abrir el corazón a la fe por el estudio y la investigación... y de ahí que al pueblo le hablamos de nuestra fe con nuestras obras; de ahí que al pueblo, haya que mostrarle nuestras doctrinas en la transparencia de nuestra vida; de ahí que al pueblo debamos convertirlo con el poder de nuestros ejemplos. He aquí un programa; he aquí una visión del porvenir.

La Iglesia reluciente de los grandes Te Deúms en las grandes catedrales, con entorchados, uniformes, ruidos de sables, cortejos presidenciales, explendor, brillantez, humo... ya pasó. El poder público se aleja de la Iglesia; la Iglesia queda sola frente al pueblo. No es la primera vez que se encuentran en el desamparo oficial el pueblo y la Iglesia. Es la historia que se repite y se repetirá. Y la

Iglesia, vivificando al pueblo, compenetrándose con él, desarrollando en su seno las fuerzas salvadoras de la justicia social y de los sentimientos de la fraternidad cristiana, cumplirá siempre su misión civilizadora de encauzar las sociedades por la senda del bien entendido progreso moral. Para esto hay que llevar al pueblo a las catedrales, al pueblo que es soberano, y que su voz ruda pero potente llene los ámbitos de las naves con los cánticos de los modernos Te Deúms; hay que conseguir que la blusa del obrero y la levita del rico, vayan presurosos a los templos a hermanarse en los sentimientos del alma y en la nobleza del corazón... No tendremos ya entorchados, ni redobles de tambores; tendremos menos suntuosidad pero más fe; menos brillantez pero más potencia; menos personajes decorativos pero más almas, más vida, más civilización... Y tras el pueblo vendrán de nuevo los gobiernos.

La nueva era se inicia. Abrimos los espíritus a las grandes esperanzas de triunfo. Mañana tendremos jefes nuevos, los tenemos ya. Es la primera vez que el Santo Padre elige en nuestro país directamente a los prelados. Los gobiernos liberales no intervienen, por fin, para presentar candidaturas, refrendar nombramientos, ser engorrosos y atentatorios intermediarios entre Roma y nosotros. Vivimos nuestra vida propia. Seremos lo que merezcamos. La victoria está en nosotros, en nuestra acción, en nuestra unión, en nuestro vigor. A la lucha vamos, la lucha grande, febril, desinteresada, apostólica, magnífica. Seamos dignos de nuestros jefes, y que ellos reinen en nuestros espíritus con la seguridad del mando y la sabiduría de su acción. Tenemos el convencimiento que así ha de ser.

Monseñor Aragone tiene la contextura moral de un verdadero jefe. Ostenta una vida inmaculada: ni una sombra de murmuración pueden arrojar sobre él. Una vida toda orden, toda labor, toda estadio, todo celo, toda virtud. Ni un minuto perdido. Es un joven, y está maduro ya por la experiencia; está en los umbrales de la vida pública, y conoce ya todas las responsabilidades y todas las obligaciones del que gobierna; nunca ha mandado y posee ya la serenidad de quien está cierto de ser obedecido. Es reflexivo y cauta, impávido y firme, conocedor del ambiente y de sus luchas, de sus orientaciones y de las necesidades sociales de nuestro medio y de la época que atravesamos. Ha profundizado los problemas modernos, no desconoce las luchas de la Iglesia en los conflictos contemporáneos, se ha nutrido con método con claridad, con maestría, en los centros católicos europeos y en la comunidad de hombres eminentes por su saber, su experiencia y su virtud, acerca de los métodos nuevos, de las obras nuevas, de los anhelos morales, sociales y económicos que agitan a las masas trabajadoras y a los hombres que están parapetados detrás del capital.

Monseñor Camacho es el adalid querido de todas nuestras actividades. EL AMIGO DEL OBRERO tiene por él, afecto y admiración. EL AMIGO DEL OBRERO es hijo suyo. El lo nutrió con el fuego sagrado de la sana inspiración y la frescura de la sabiduría de su mente inspirada y jugosa. Es uno de nuestros fundadores; uno de los redactores que han dejado en nuestras columnas la estela imborrable de la buena doctrina. Ha estado y estará siempre con nosotros. Hemos librado batallas inolvidables; se han fusionado nuestros espíritus en la santa intimidad de los ideales comunes, de la compenetración íntimamente solidaria de propósitos y doctrinas, y esta convivencia de nuestros espíritus es indestructible, y con el favor de Dios, será siempre tónico invaluable para nuestra labor y nuestra propaganda. Es un jefe consciente, amado, moderno, de gran virtud, de celo inmoderado, de abnegación sin medida.

Monseñor Semeria es el sacerdote austero, ante quien se inclinan con respeto todas las personas que lo conocen. Es el sacerdote modelo que ha cruzado todos los puestos de responsabilidad, dejando siempre a su paso estela zahumatoria de dignidad, de oración, de apostolado, de ejemplo, de lección. El lleva a Melo la santidad de una vida, el espejo de un ministro de Dios. Es el hombre de la acción espiritual, de la confortación del alma, del cultivo de las virtudes. Es el pastor diligente, el vigía siempre alerta, el apóstol infatigable. Llena una misión, y la cumple con la vista puesta en Dios sin medir jamás los sacrificios. Preguntad por él, en todas partes donde ha sido cura, y las respuestas serán uniformes, eloquentes, expresivas. Es un jefe que predicará con el ejemplo, que llamará con sus acciones, que orientará con sus virtudes.

Con estos jefes, que vienen a seguir la brillante tradición de nuestros prelados, que van a continuar la senda iniciada por los preclaros e ilustres obispos del Uruguay, — los Vera, Jéregui, Soler, Isasa, Stella, figuras queridísimas de la patria católica, — con estos nuevos jefes vamos a iniciar la época nueva, la cruzada por el triunfo de nuestra doctrina en las manifestaciones individuales y multiformes de la vida nacional. Mañana, en el instante de las ofrendas prelaticias, en el desarrollo de la solemne ceremonia de la consagración, depositemos al pie del altar, con la firmeza de nuestra alma y la resolución del corazón, como una ofrenda la más preciada y noble, la más anhelada y digna, nuestros fervientes propósitos de servir la causa de Dios, al mando de los jefes que nos envía, sin desfallecimientos, sin reatos, sin rebeldías, con la voluntad de triunfar, con el anhelo de vencer. ¡Qué nuestra vida sea el reflejo de nuestra fe!

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

